

## CAPITULO XXII.

### SUCESOS DE BAYONA.

1808.

#### ABRIL Y MAYO.

Impresiones de Napoleon al saber los sucesos de Aranjuez.—Carta á su hermano Luis ofreciéndole la corona de España.—Conversacion con Izquierdo.—Respuesta discreta de éste.—Política del emperador respecto á Fernando VII.—Su carta al gran duque de Berg.—Nuevas intruccioncs que le da.—Envía á Madrid al general Savary.—Excitan todos á Fernando á que salga á esperar al emperador.—Anuncios de lisonjeros resultados con que le provocan al viage.—Errados cálculos y lamentable obcecacion de los ministros españoles.—Pide Murat que le sea entregada la persona de Godoy.—Savary acuerda desistir de esta pretension.—Se resuelve y anuncia al público la salida del rey.—Nombramiento de una Junta suprema de gobierno.—Viage de Fernando VII.—Personas que le acompañaban.—Llegan á Burgos y á Vitoria sin encontrar al emperador.—Recelos de los españoles.—Carta de Napoleon á Fernando recibida en Vitoria.—Falaces promesas de Savary.—Proyectos de evasion que se proponen al rey.—No son aceptados.—Se acuerda continuar el viage hasta Bayona.—La poblacion de Vitoria intenta impedirle.—Proclama de Fernando para tranquilizar al pueblo.—Cruza Fernando VII. la frontera, y entra en Bayona.—Recibimiento que le hace el emperador.—Conferencia de éste con el canónigo Escoiquiz.—Hace intimar Napoleon á Fernando su pensamiento de destronar los Borbones de España.—Pláticas de aquellos dias.—Conducta de Fernando y de sus ministros y

consejeros.—El príncipe de la Paz es sacado de la prision y enviado á Bayona.—Debilidad de la Junta de gobierno.—Godoy en Bayona.—Murat intentó que la Junta reconozca á Carlos IV. como rey.—Consulta ésta á Fernando.—Su respuesta.—Acuden también á Bayona Carlos IV. y María Luisa.—Son recibidos como reyes.—Célebre convite imperial.—Primera renuncia de Fernando en su padre.—Respuesta de Carlos IV. no admitiendo las condiciones.—Contestaciones entre padre é hijo.—Cólera de Napoleon producida por las noticias recibidas de Madrid.—El 5 y 6 de mayo en Bayona.—Renuncia segunda vez Fernando VII. la corona de España en su padre.—La renuncia Carlos IV. en Napoleon.—Carácter de estas renunciaciones.—Abdica Fernando sus derechos como príncipe de Asturias.—Internacion de la familia real española en Francia.—Su proclama á los españoles.—Breve juicio de estos sucesos.

Por desgracia los grandes hombres (y es lastimoso achaque de la humanidad) suelen cometer, no solo grandes errores, sino tambien grandes iniquidades. A veces los actos de violento despojo y de injustísima usurpacion con que los poderosos atropellan á los débiles y huellan todos los derechos y principios y escarnecen todas las leyes en que descansa el gobierno de las sociedades humanas, son ejecutados por medios grandiosos, que si no cohonestan la violacion, deslumbran y fascinan los ojos de la irreflexiva multitud, de modo que por lo menos se colora y atenúa, ya que no llegue á justificarse y aplaudirse, lo que debiera merecer vituperio é inspirar horror. ¡Cuántos grandes crímenes habrá hecho apellidar hechos gloriosos eso que llamamos heroicidad!

Mas cuando á la consumacion premeditada de un

acto insigne de usurpacion y de despojo se camina por sendas torcidas, se emplean la hipocresía y el dolo, y á la legitima y permitida astucia sustituye la baja y reprobada artería, y á la noble franqueza reemplaza la aleve perfidia, armas propias de los espíritus mezquinos y apocados, el hombre que esto hace se despeña de la elevacion á que ántes se haya encumbrado. La Providencia permite de tiempo en tiempo estas insignes flaquezas para que sirvan de ejemplo y leccion de lo que son las grandezas humanas, y de que tienen como las montañas un límite, traspasado el cuál no hay mas que descenso, y por término del descenso el abismo.

Nosotros que hemos seguido y admirado á Napoleon en sus maravillosas empresas; nosotros que nos hemos confesado á veces como absortos ante la sublimidad de su genio, de sus asombrosas concepciones, de sus agigantados pensamientos, de sus felicísimos planes, de sus fecundísimos recursos, y de sus rápidos y apenas creibles medios de ejecucion; nosotros que le hemos encontrado y reconocido el hombre mas grande en muchos siglos como guerrero y como gobernador, grande hasta en su despotismo, grande hasta en sus extravagancias, y hasta, si cupiera grandeza, en sus injusticias, bien podemos decir con imparcialidad que tan pronto como fijó las miradas de su ambicion sobre España, parecia habersele puesto delante de los ojos algo que anublaba y enturbiaba su clara

imaginacion, algo que empequeñecía y apocaba la magnitud de sus concepciones. Vésele vacilante en los fines, y engañoso en los medios; falaz, no que astuto, con Carlos IV. y el príncipe de la Paz; insidioso, no que hábil, con el rey Fernando; cruel con los príncipes de Braganza y burlador de la sinceridad de la reina de Etruria; simulado, mas que sagaz, para plagar de tropas suyas la España; desleal, mas que diestro, para apoderarse de sus plazas fronterizas; desconocedor, despues de tantos años de amistad y alianza, del carácter del pueblo que se proponia dominar. Creíase estar tratando con el aliado potente y generoso, y se iba á descubrir que se jugaba con quien estaba resuelto á ganar la partida aunque fuese á costa de esconder y escamotear las cartas. A los unos los cegaba una credulidad insensata; al otro le habia cegado una páfida malicia. El grande hombre de Europa se estaba empequeñeciendo en España. Parecia haberse transformado. Dios ciega á los que quiere perder.

La noticia de los sucesos de Aranjuez, aunque no era difícil pronosticar por los antecedentes esta ú otra solucion parecida, no dejó de sorprender, y aun de desconcertar al pronto á Napoleon. Mas tardó muy poco en volver en sí, y entonces fué precisamente cuando salió de vacilaciones y tomó una resolucioñ definitiva respecto á España. Los pliegos llegaron á Saint-Cloud la noche del 26 de marzo, y el 27 escribió á su hermano Luis, rey de Holanda, lo siguiente: «El rey de

» España acaba de abdicar la corona, habiendo sido  
 » preso el príncipe de la Paz. Un levantamiento había  
 » comenzado en Madrid, cuando mis tropas estaban to-  
 » davía á cuarenta leguas de distancia de aquella capital.  
 » Sus habitantes deseaban mi presencia, y el gran du-  
 » que de Berg habrá entrado allí el 23 con cuarenta  
 » mil hombres. Seguro de que no podré tener paz es-  
 » table con Inglaterra sin haber dado un gran movi-  
 » miento al continente, he resuelto colocar un príncipe  
 » francés en el trono de España.... En tal estado he  
 » pensado en tí para dicho trono.... Dime categórica-  
 » mente tu opinion sobre este proyecto. Bien ves que no  
 » es mas que proyecto, y aunque tengo cien mil hom-  
 » bres en España, es posible, por circunstancias que  
 » sobrevengan, ó que yo mismo vaya directamente, ó  
 » que todo se acabe en quince dias, ó que ande mas  
 » despacio siguiendo en secreto las operaciones duran-  
 » te algunos meses. Respóndeme categóricamente: si  
 » te nombro rey de España, ¿lo admities? ¿Puedo contar  
 » contigo....? (1). » Luis no aceptó la propuesta.

En aquel mismo dia habló Napoleon con el conse-  
 jero Izquierdo, mostrándosele alegre de verse libre de  
 las obligaciones contraidas, aunque nunca respetadas,  
 de los tratados anteriores, «pues la alianza con el pa-  
 dre, decía, no me obliga de modo alguno con el hijo  
 que se ha ceñido la corona en medio de un tumulto.»

(1) Documentos históricos pu-  
 blicados por Luis Bonaparte. Pa-

Cuéntase que en una de estas conversaciones pregun-  
 tó Napoleon á Izquierdo si los españoles le querrian  
 como á soberano suyo, y que éste le respondió con  
 oportunidad: «Con gusto y entusiasmo admitirán los  
 españoles á V. M. como monarca, pero será despues  
 de haber renunciado la corona de Francia.» Impre-  
 vista contestacion, que no sonó bien en sus oidos, y  
 que no dejó de desconcertarle.

Resuelto ya Napoleon á colocar en el troño de Es-  
 paña un príncipe de su familia, pero siguiendo siem-  
 pre en este asunto una marcha hipócrita y tortuosa,  
 indigna de su grandeza, propúsose como primer paso  
 no reconocer á Fernando VII., y después, constitu-  
 yéndose en árbitro entre el padre y el hijo, y bajo  
 pretesto de arreglar sus diferencias, inclinar á Fer-  
 nando á que fuese á avistarse con él, apoderarse así  
 de su persona, fallar en favor del padre, en cuyas  
 manos no podia estar mucho tiempo el cetro, bien  
 porque la misma España ya no lo consintiera, bien  
 porque temeroso él mismo de otra revolucion, se le  
 cediese á cambio de un cómodo retiro que le propor-  
 cionaria, ó tal vez por resentimiento hácia su propio  
 hijo, ó arrebatársele si era menester, lo cual se le re-  
 presentaba ya fácil. Es muy de notar, que en tan iní-  
 cuo proyecto anduvieran acordes Napoleon y Murat,  
 aun ántes de recibir aquél las cartas en que éste le  
 indicaba y proponia una cosa semejante.

Cítase, no obstante, una carta del emperador al

gran duque de Berg (29 de marzo), en que no parecía mostrarse muy satisfecho de su conducta, y en que además hacia muy atinadas advertencias y prevenciones sobre su situación y la de España. «Temo (decía) que me engañeis sobre la situación de España, como os equivocais vos mismo. La ocurrencia del 20 de marzo ha complicado extraordinariamente los acontecimientos; me encuentro en la mayor perplejidad. No creáis que atacáis á una nación desarmada, y que no necesitáis mas que presentar vuestras tropas para someter la España. La revolución del 20 de marzo prueba que los españoles tienen energía. Teneis que habéros las con un pueblo nuevo, que tiene todo el valor y entusiasmo que se encuentra en hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas. La aristocracia y el clero son dueños de España: si temen por sus privilegios ó existencia, provocarán contra nosotros un alzamiento en masa, que podrá eternizar la guerra. Cuento algunos partidarios; pero si me presento como conquistador, me quedaré sin ninguno... El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades necesarias al jefe de una nación; esto no impedirá que para oponérsle se le haga un héroe. No quiero usar de violencia con los individuos de esa familia; jamás es útil hacerse odioso ni exasperar los ánimos. La España tiene mas de cien mil hombres sobre las armas, y esta fuerza es mas que suficiente para sostener con ventaja una guerra inte-

rior; divididas en muchos puntos, pueden servir de mucho para el levantamiento general de la monarquía. Os presento todos los obstáculos que son inevitables; hay además otros que vos conoceréis... etc. (1)» Pero esta carta, algunas de cuyas máximas hubiera debido tener muy presentes y le habria convenido mucho seguir, no fué remitida, porque al día siguiente (30 de marzo) recibió otras de Murat que le movieron á emprender otra política, aprobó lo actuado y lo propuesto por su lugarteniente, le envió nuevas instrucciones, y se lanzó en la peligrosa senda en que le vamos á ver empeñado.

Así fué que llamando al general Savary, diplomático hábil y de toda su confianza, que acababa de regresar de San Petersburgo, le reveló todo su pensamiento respecto á España, á saber, unirla á Francia

(1) Esta carta se publicó por primera vez en el *Memorial de Santa Elena*. Toreno se refiere á ella muy ligeramente. Thiers la copia íntegra por apéndice al libro XXX. de su *Historia del Imperio*. Dice este escritor, que despues de muchas indagaciones para acreditar su autenticidad, sobre la cual tenia no pocas dudas y sospechas, concluyó por adquirir una completa convicción de ser auténtica; y esplica la contradicción del espíritu y sentido de esta carta con el de otras que escribió Napoleon en aquellos dias, diciendo haber sido inspirada y como arrancada por Mr. Tournon (único agente francés que reprobaba la expedición de

España) en momentos en que faltaron á Napoleon las cartas de Murat, en que esplicaba mejor su conducta, y le comunicaba todo el resultado de los sucesos de Aranjuez y de Madrid. Pero que recibidas estas cartas en París al día siguiente, 30 de marzo, mudó de opinion el emperador, dejó sin curso la del 29, aprobó la conducta de Murat, volvió á sus primeros proyectos, y se encontró muy de acuerdo con las ideas de su lugarteniente. Este juicio de Mr. Thiers, formado por un detenido exámen de la correspondencia que se conserva en los archivos del Louvre, nos parece muy verosímil.

variando su dinastía; para esto, atraer á Fernando á Bayona, con la esperanza de que se decidiese en su favor el litigio, y si lo resistía, publicar la protesta de Carlos IV., y declarar que solo éste reinaba en España; una vez puesto Fernando en Bayona, obtener de él la cesion de sus derechos, ofreciéndole una indemnizacion, que podria ser el reino de Etruria: todo esto sin emplear medios violentos, y conduciéndose con lo que él llamaba circunspeccion, y no era sino doblez é hipocresía. Despachó pues á Savary con estas instrucciones verbales á Madrid, y con encargo de confiar á Murat lo que hasta entonces habia sido para él un secreto, en tanto que Napoleon salia de París para Burdeos (2 de abril) con ánimo de trasladarse después á Bayona, llevando en su compañía al ministro Champagny. Cuando llegó Savary á Madrid, ya habia conseguido Murat de la nueva córte el principio de su plan, á saber, que saliera el infante don Carlos (5 de abril) á esperar al emperador, á quien se suponía habria de encontrar en Burgos. Mucho se alegró Murat de ver aprobada su conducta por Napoleon, de haber sido informado de sus proyectos, y mucho más de hallarlos tan en consonancia con los pasos que él se habia anticipado á dar, lo cual le animó á proseguir con la misma ó mayor deslealtad y falsía con que habia comenzado, puesto que ya tenia seguridad de que con esto daba gusto á su cuñado y señor. Solicitó inmediatamente Savary una audiencia particular de Fer-

nando, y en ella, con el aire de sinceridad que constituía una de las condiciones de su carácter, le manifestó que venia de parte del emperador á cumplimentarle, y á saber si sus sentimientos respecto á la Francia eran conformes con los del rey su padre, en cuyo caso S. M. I. prescindiendo de todo lo ocurrido, no se mezclaria en los asuntos interiores del reino y le reconoceria como rey de España. Recibida de Fernando esta seguridad, le anunció la próxima llegada de su soberano á Bayona, con ánimo de pasar á Madrid, por lo cual creia conveniente que saliera á recibirle, como un testimonio de su buen deseo de estrechar más y más la amistad y alianza que los unia, tanto más cuanto que debiendo encontrarle en Burgos, corto habria de ser el viage y breve la ausencia.

Esta última parte, la de la salida de Fernando de Madrid á encontrar al emperador, era lo que exigía una detenida meditacion, porque era el paso que podía decidir de la suerte del monarca y de la monarquía. Los consejeros de Fernando, ante la idea y con el afán y la esperanza de obtener por este medio el reconocimiento de su soberano por el emperador, olvidaban lo pasado, no reparaban en lo presente, ni veían las contingencias ni los peligros de lo porvenir. Para ellos no importaba que el enviado de Napoleon no hubiese traído carácter alguno oficial y público; que solo de palabra, y no por ningun documento auténtico, se supiese el viage del emperador á España, y que

en esta incertidumbre se fuese á esponer la dignidad del rey saliendo en su busca. Para ellos nada significaba, ó por lo menos parecia no inquietarlos ni inspirarles recelo, ni la ocupacion de la capital por tropas imperiales, ni los cien mil franceses escalonados desde Irún á Lisboa, ni la pérdida ocupacion de las plazas fuertes de Cataluña y Navarra, ni la reserva y tibieza de Murat con el nuevo soberano á quien aun no reconocia, ni sus consideraciones y su proteccion á los reyes padres y aun al príncipe de la Paz, ni el retraimiento del mismo Bonaparte en contestar á las cartas de Fernando, ni cuando era príncipe ni despues de ser rey; nada les infundia sospechas; á juicio de aquellos hombres ciegos, lo que urgia era que Fernando se presentara cuanto ántes á Napoleon, le refriera los sucesos de Aranjuez, justificára su proclamacion, le diera las mayores seguridades de su amistad, y obtuviera por este medio en su favor el fallo imperial entre el padre y el hijo, no fuera que se anticipáran Cárlos IV. y María Luisa á salir al encuentro al árbitro supremo, y pintando las cosas á su modo consiguieran de él una decision favorable. Y como habia caido en manos de los nuevos ministros el último despacho de Izquierdo al príncipe de la Paz, de que dimos cuenta en otro capítulo, creian aquellos hombres ignorantes que con eso conocian todo el secreto de la política de Napoleon y todas sus aspiraciones respecto á España. Calculaban pues que todo el mal podia reducirse á cederle las

provincias del Ebro á cambio del Portugal, ó acaso solamente á concederle una via militar por España para el paso de sus tropas á aquel reino, y á abrir á su comercio nuestras colonias. Y como si esto fuese pequeño sacrificio, y sin considerar que aquel mismo proyecto podria ser uno de tantos ardides de Bonaparte, y sin reflexionar que los acontecimientos de Aranjuez le habrian podido hacer variar de pensamiento, nada les importaba y á todo se avenian á trueque de alcanzar el reconocimiento del rey Fernando, que creian seguro; y asi le aconsejaron el viage, siendo el mas empeñado en tan aventurada y peligrosa resolucion el canónigo Escoiquiz, el mas íntimo y mas influyente, y tambien el mas funesto de los consejeros de Fernando (1).

Tampoco oyeron aquellos hombres obcecados el prudente aviso del español don José Hervás, que como intérprete y como cuñado del mariscal del palacio imperial Duroc acompañaba á Savary; el cual no dejó de advertir con discreta cautela que la salida del rey

(1) El mismo Escoiquiz, en su *Idea sencilla de las razones que motivaron el viage del rey don Fernando VII.*, reconoce y confiesa que vió las cosas del modo que acabamos de manifestar.— «Tal fué el dato (dice refiriéndose á la comunicacion de Izquierdo), que fijó al Consejo del rey en que las intenciones mas perjudiciales que podria recibir del gobierno francés eran la del trueque de las provincias mas allá del Ebro por el reino

de Portugal, ó de una via militar desde su frontera hasta él, ó tal vez la cesion sola de la Navarra.....» Y esto le parecia poca cosa al buen canónigo, que confiesa haber sido él quien mas impulsó el viage, en la persuasion de que cualquiera sacrificio que costase seria pequeño con tal que se consiguiera el reconocimiento de Fernando y su proyectada y ansiada boda con una sobrina de Napoleon.